

Puerto de Blewfields, 1809

Fuente: Mapoteca, Biblioteca Nacional de Colombia

https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/custom/web/content/mapoteca/fmapoteca_1945_fbnc_425/fmapoteca_1945_fbnc_425.jpg

Centroamérica, el Caribe y la geopolítica imperial en la era global

Central America, the Caribbean and imperial geopolitics in the global age

 David Díaz Arias¹

Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica. david.diaz@ucr.ac.cr

El interés central de este análisis es profundizar en torno al rol que tienen Centroamérica y el Caribe dentro del sistema global imperial estadounidense, de forma que se pueda reconocer cómo se inscribe esta región en ese espacio hegemónico y el papel de lo racial y la etnicidad dentro de las disputas geopolíticas, especialmente desde el siglo XIX y muy claramente después de la década de 1820.

Si bien Estados Unidos no se había tomado en serio su inserción en la política mundial antes del siglo XX, no se puede decir lo mismo sobre la forma en que desde inicios del siglo XIX había conceptualizado su papel en el continente americano. De hecho, desde 1823 el presidente James Monroe (1758-1831) había señalado en un discurso que, ante la amenaza que representaba para los intereses estadounidenses la restauración monárquica en Europa y la Santa Alianza (una alianza sellada en 1815 entre Austria, Prusia y Rusia), cualquier intento europeo o de otra potencia por conquistar o intervenir cualquier territorio del continente americano, sería repelido por los Estados Unidos a toda costa (Monroe, 1823). Durante todo el siglo XIX este mensaje devino en La Doctrina de Monroe, que en forma tácita interpretaba que, así como los países europeos tenían sus propios territorios coloniales en otros continentes (África y Asia), los Estados Unidos veían a América Latina como su propio patio trasero (Brewer, 2006, pp. 65-100).

Desde mediados del siglo XIX, varios políticos e intelectuales latinoamericanos comenzaron a pensar que lo que La Doctrina Monroe significaba era que el joven país del norte quería para sí los territorios y recursos de las repúblicas hispanas. Esta orientación expansionista forma parte de la denominada “doctrina del Destino Manifiesto” que se consolida con la discutida

anexión a Texas en 1845. El creador de esa visión fue el periodista John L. O’Sullivan quien realizó entonces una defensa encarnizada del derecho de posesión territorial estadounidense sobre el territorio de Oregón (que en ese entonces era posesión de Gran Bretaña), alegando que la conquista estadounidense sobre esa región se justificaba con la idea del:

“... destino manifiesto de expandirnos y de poseer el continente entero, el cual nos ha sido dado por la Providencia para el desarrollo del gran experimento de la libertad y del autogobierno federado que nos ha encomendado... El Dios de la naturaleza y de las naciones lo ha marcado para nuestra cuenta; y con Su bendición firmemente mantendremos los derechos incontestables que Él nos ha dado, y sin temor cumpliremos los deberes que Él nos ha impuesto” (Pratt, 1927, p. 796).

Desde esa perspectiva, los estados latinoamericanos fueron definidos como sociedades atrasadas, inestables, con pocas posibilidades para encontrar la paz e incapaces de gobernarse a sí mismas, pero especialmente caracterizadas como razas inferiores que necesitaban una guía para alcanzar el camino de la modernidad.

Bajo estas preconcepciones se fundamenta el corolario del Destino Manifiesto que en términos geopolíticos está construido desde una lógica de dominio global estadounidense (Pfaff, 2007), que mediante La Doctrina Monroe de 1823 y la ampliación de estas nociones mediante la doctrina Truman de 1946, visualiza no solo su dominio en América Latina sino su aplicación a nivel mundial. No obstante, históricamente es evidente que Estados Unidos considera a Latinoamérica como la región que en términos estratégicos es más importante, tanto por su influencia en términos mili-

¹ Magister y Doctor en Historia. Catedrático y director del Centro de Investigaciones Históricas de América Central y docente de la Universidad de Costa Rica. Este texto se basa en la exposición oral del autor.

tares como de dominio político al controlar las élites nacionales y al imponer dictadores en algunos de los países, especialmente interesado en el ejercicio de su fuerza sobre Puerto Rico, Cuba y Centroamérica. Otro espacio que le interesaba muchísimo era el Pacífico: Filipinas, para luego dominar tácitamente Corea del Sur y Japón después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), con el fin de controlar el ingreso de posibles potencias enemigas en esas latitudes.

Estos puntos geográficos constituyen un triángulo de dominio geopolítico determinante, en tanto que le permitía a Estados Unidos enfrentar cualquier tipo de amenaza a su hegemonía, como lo sucedido en el Caribe decimonónico dada la presencia británica en toda la costa Caribe centroamericana y en parte de Colombia, lo que definitivamente evidenció un fuerte enfrentamiento con los intereses de la metrópolis europea.

Es entonces posible entender el posicionamiento estratégico de Estados Unidos en el escenario global desde el concepto de raza, en tanto que para sus líderes los pueblos de la tierra se podían distinguir mediante características físicas como el color de la piel, donde cada color implicaba un nivel físico, mental y moral del desarrollo del ser humano, siendo la tez blanca superior en esos atributos, mientras que los pueblos con pieles más oscuras eran inferiores. Tal categorización fue establecida en términos jerárquicos, de modo que la raza caucásica era la llamada a dominar toda la estructura, haciendo que los estadounidenses se impusieran a sí mismos como el modelo con el que se medían todos los demás, ya que, desde esa perspectiva racista, la “gente superior” hablaba inglés, ejercía responsablemente sus derechos democráticos, practicaba el protestantismo y disfrutaba de la abundancia material, por lo que se concebían como superiores y de esa forma interpretaron la consolidación de ese desarrollo imperial (Hunt, 1987).

La construcción hegemónica de los Estados Unidos se fundamentó en estos términos raciales desde finales del siglo XVIII. Así, los “padres fundadores” participaron en la definición del concepto de raza, que ellos imaginaron y luego naturalizaron y con la que dividieron a los pueblos del mundo mediante una perspectiva de supremacía racial.

Tal forma de influencia imperial hizo que los norteamericanos tuvieran esta potestad de crear su

propio espacio de dominio real en los pueblos del Caribe, a partir de ese tipo de representación racista que legitimaba el poder imperial, consolidado estratégicamente desde finales del siglo XIX e inicios del XX con la independencia de Panamá, su presencia militar en Puerto Rico y Nicaragua y la fuerte influencia sobre Cuba a partir de la constitución de 1903.

Particularmente para los pueblos del Caribe esta representación racista se expresó al visualizarlos como niños huérfanos que no tenían dominio sobre sus emociones, sin educación, malcriados, que no agradecían el valioso aporte que les hacía el imperio estadounidense y por tanto tenían que ser castigados para que aprendieran la lección, y cada vez que estos pueblos trataran de liberarse de ese dominio eran expuestos como niños conflictivos que no podían controlarse y no sabían apreciar la orientación que les daba el “Tío Sam” (Figura 1).

Figura 1.
School begins [Comienza la escuela]

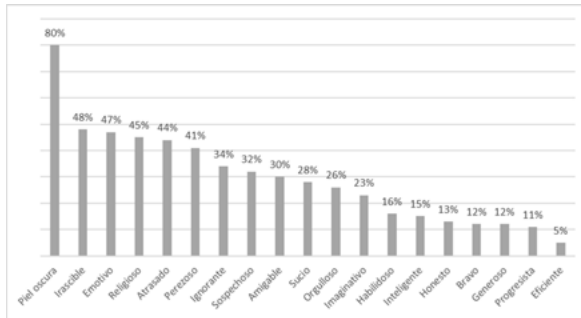


Nota. Tomado de Revista Puck, por L. Dalrymple, 1899.

Esta visión racista y estereotipada de los pueblos latinoamericanos es evidente en las respuestas a una encuesta realizada en 1940 por The Office of Public Opinion Research (como se citó en Cantril y Strunk, 1951) (Figura 2). Para esa encuesta fueron entrevistados ciudadanos estadounidenses quienes, en una lista de 19 adjetivos, eligieron los más representativos para describir a los habitantes de Latinoamérica y eligieron caracterizarlos siempre con piel oscura, repitiendo el patrón de la jerarquía racista anteriormente señalada y con el que podían inmediatamente decir que eran pueblos no democráticos, que no sabían gobernarse a sí mismos y que no podían controlar sus economías. Pero también la encuesta reveló que los latinoamericanos eran caracterizados como personas irascibles, emotivas,

sospechosas e ignorantes; mientras que categorizaciones como inteligentes y honestos tuvieron un porcentaje bajísimo en esta visión imperial.

Figura 2. Percepciones de los estadounidenses sobre Latinoamérica en 1940



Nota. Tomado de *Public opinion 1935-1946*, por H. Cantril y M. Strunk, 1951.

Desde el siglo XIX, Estados Unidos ejerce una gran fuerza militar y consolida su potestad imperial a partir de tratados impuestos en Centroamérica, especialmente sobre Honduras y Nicaragua, debido al interés por crear un canal interoceánico en la región. El Tratado Bryan-Chamorro (1914) fue impuesto a Nicaragua con el fin de impedir el desarrollo de un proyecto propio de canal, mientras que los Estados Unidos aseguraban su control sobre el Canal de Panamá.

Uno de los últimos recursos de este dominio imperial fue el Tratado de Libre Comercio CAFTA-RD (2006), que ha convertido a Centroamérica en un espacio tremendamente voluble en términos de políticas públicas de protección a la población y el recrudecimiento de problemáticas como el gran aumento de la tasa de homicidios entre 1992 y el 2021.

Si se excluye únicamente a Nicaragua y Costa Rica, hay una tendencia de crecimiento de la tasa de homicidios en El Salvador, Honduras y Guatemala, principalmente después de los acuerdos de paz, pero con un notable aumento después de la aprobación de este tratado de libre comercio. Algunas bajas en los homicidios se han experimentado, motivadas principalmente por los efectos de la pandemia del 2020. Un dato revelador es que según el Programa “Estado de la Nación” (2021), los feminicidios han bajado, pero las mujeres experimentan diferentes tipos de violencia durante toda su vida.

No ha habido un periodo tan violento en Centroamérica como el presente, donde sociedades que arrastran estructuras que reproducen la desigualdad, están frente a una ola de violencia que incluso supera aquella de términos políticos e ideológicos que se tuvo durante las guerras civiles de la década de 1980. Hay municipios centroamericanos donde la violencia es mayor, como en San Pedro Sula y Comayagua en Honduras, la mayoría de los municipios del sur de Guatemala, Limón en Costa Rica y el sur de El Salvador, donde los homicidios han aumentado debido a las acciones policiales, la reproducción de las maras y el efecto de los carteles mexicanos que operan en la región.

Esta violencia se ha convertido también en uno de los principales elementos de legitimación del nuevo imperialismo estadounidense, donde aún perdura la forma en que somos catalogados, no muy diferente a la de hace 80 años, es decir, sociedades violentas en las que el crimen pareciera ser la práctica habitual o cultural, prácticamente natural de los caribeños y centroamericanos.

No obstante, este tipo de problemas se han vuelto cada vez más difíciles de enfrentar porque esta visión imperialista le quita toda la responsabilidad que tiene el mercado estadounidense en términos de demanda de drogas, ya que si bien es cierto que estas salen y circulan por Colombia, Centroamérica, el Caribe y México hacia EE. UU. y Europa, estos son los principales consumidores, capaces de pagar precios exorbitantes por estos productos. Aun así, estas sociedades no son responsables del problema, sino que lo hace exclusivo a los países de la región, donde la única solución es la prohibición del narcotráfico y un enfrentamiento directo, justificando la intervención y constante injerencia norteamericana en las políticas y la toma de decisiones.

Tal injerencia ha sido la causante de que buena parte de la violencia se radicalizara, porque después de la exigencia a los países del Caribe de que embarcaciones estadounidenses pudieran navegar libremente por sus aguas con el pretexto de interceptar lanchas del narcotráfico, desde principios del siglo actual, las rutas del narcotráfico comenzaron a variar.

Ante la presencia de embarcaciones y seguridad estadounidense, los carteles mexicanos y colombianos empezaron a utilizar el territorio centroamericano para

llevar adelante el proceso de exportación de la droga, formándose bandas criminales que han aumentado la violencia dentro de estos países. Situación que no sucedía antes debido a que la droga circulaba principalmente por el mar o por vía aérea, por lo que no se quedaba en el territorio y no motivaba a las bandas criminales a meterse en el negocio del tráfico de drogas.

Es posible afirmar que la estrategia de dominio del Caribe por parte de EE. UU. ha rendido efecto para el caso de sus intereses geopolíticos, ahora con un nuevo motivante para ejercer influencia, pero agravando los problemas sociales que generan enormes procesos migratorios a los que se suman la actual crisis migratoria venezolana que atraviesa toda Centroamérica para poder entrar a los Estados Unidos.

En esta problemática tampoco es aceptada la responsabilidad imperial, cuyas políticas migratorias se reducen a impedir el acceso de estas personas a territorio estadounidense y seguidamente deportarlas (Figura 3), lo cual genera crisis humanitarias y problemas como los presentados en la década de 1990 cuando fueron deportadas las primeras maras hacia El Salvador. Ante esta coyuntura, el rostro de los migrantes es el rostro de sociedades caribeñas que en una buena medida han colapsado por una tremenda cantidad de legados históricos de desigualdad y despojo, sin ser asumidos en términos reales por los principales responsables y que básicamente para reprimir imponen nuevas formas de violencia.

Figura 3. Rutas de migración internacionales que pasan por Centroamérica



Nota. Tomado de El Orden Mundial, por A. Gil, 2021.

En la actualidad la geopolítica empieza a variar, en la medida en que las sociedades caribeñas visualizan otro tipo de apoyos fuera de América, especialmente con el ascenso de

China como potencia, lo que hace que nuevamente el Caribe sea objeto de importancia geopolítica debido a su posición tan estratégica como puerta de entrada a Norteamérica.

Por ello, es necesario enfrentar estas políticas que vienen de fuera e intentan dividir, para generar un tipo de unidad entre los pueblos y estados de la región que permita negociar de manera más directa en el contexto internacional la posibilidad de que estas sociedades puedan decidir respecto a su propia soberanía y, también, en las políticas que garanticen el desarrollo y la seguridad de su población. Una voz articulada permitiría superar los condicionamientos dados por las problemáticas sociales, pero también la capacidad para señalar responsabilidades en el crecimiento del narcotráfico, la violencia, el delito y la desigualdad.

Referencias

- BREWER, S. (2006). *Borders and Bridges: A History of U.S.-Latin American Relations*. Praeger Security International. 216p.
- CAFTA-DR. (2006). *Dominican Republic-Central America Free Trade Agreement [Tratado de Libre Comercio Centroamérica-Estados Unidos]*. Office of the United State Trade Representative. http://www.sice.oas.org/trade/cafta/caftadr/caftadrin_s.asp
- CANTRIL, H., y Strunk, M. (1951). H. Cantril (Ed.), *Public opinion 1935-1946*. Princeton University Press. 1264 p. <https://archive.org/details/publicopinion19300unse/page/n3/mode/1up>
- DALRYMPLE, L. (1889). School begins [Comienza la escuela] [Caricatura]. *Revista Puck*. <https://www.loc.gov/pictures/item/2012647459/>
- ESTADO DE LA NACIÓN. (2021). *Estado de la Nación*. (1.a ed.). Consejo Nacional de Rectores. <https://estadonacion.or.cr/wp-content/uploads/2021/11/estado-nacion2021.pdf>
- GIL, A. (25 de noviembre de 2021). El mapa migratorio de Centroamérica [Mapa]. *El Orden Mundial*. <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/mapa-migratorio-centroamerica/>
- GÓMEZ, D. (4 de octubre de 2022). ¿Qué es la doctrina Truman? *El Orden Mundial*. <https://elordenmundial.com/que-fue-doctrina-truman/>
- HUNT, M.H. (1987). *Ideology and U.S. Foreign Policy*. Yale University Press. 237p. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt5vktc7>
- MONROE, J. (1823, 2 de diciembre). *La Doctrina de Monroe*. Peuser. 65p. <https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/70187/2/213009.pdf&origen=BDigital>
- PFAFF, W. (2007). El destino manifiesto de EE.UU: Ideología y política exterior. *Política Exterior*, 21(117), 57-75. <https://www.jstor.org/stable/20646066>
- PRATT, J. (1927). The Origin of "Manifest Destiny". *The American Historical Review*, 32(4), 795-798. <https://www.jstor.org/stable/1837859>
- TRATADO BRYAN-CHAMORRO. 5 de agosto de 1914. *Revista Informativa de la comunidad nicaragüense en Costa Rica*. <https://web.archive.org/web/20070321220937/http://www.tou-ring-costarica.com/bryan.html>